

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, ABRIL 15 DE 1873.

{ NUM. 34.

CUENTOS DE MI ABUELO.

EL CHAL DE CACHEMIRA.

[Concluye.]

Cada palabra de este elogio aumentaba la turbacion y pena de Palmira, que imaginándose ver desde aquella época á un hombre de distincion en cada sujeto que se presentaba en casa de su padre, hacia indistintamente á todos el mas afable recibimiento. De allí á pocos dias los convidó á comer el conde de Argenteuil á ella y á su padre. Sobresaltóse al principio Palmira, y temiendo que iba á descubrirse el recibimiento que habia hecho á este honrado anciano, pretestó su poco conocimiento del trato de gentes, y rogó á su padre que la dispensase de acompañarle. «No puedes, hija mia, menos de corresponder á la honra que te hace el conde... Le debes quizá mas de lo que piensas... y me darás un gran sentimiento si no te apresuras á admitir su convite.»

Estas palabras fueron para Palmira un mandato espreso. Se compuso aquel dia con adornos de mucho lucimiento, y se armó de valor, esperando que el amable anciano tendria la generosidad de callar

lo que entre ambos habia pasado. Fué, pues, á casa del conde acompañada de su padre, con la esperanza única de gozar de cuantos placeres le habia prometido la bella desconocida.

Al entrar en el salon, halló al anciano conde de Argenteuil con el mismo vestido que llevaba cuando se presentó en casa de M. de Forlis. El conde se adelantó hácia la doncella, enteramente turbada, á la que tranquilizó bien pronto, diciéndole con la mas amable sonrisa: «Disimúleme vd., señorita, si la recibo en mi traje de casa; porque he discurrido que el anciano padre de un mariscal de Francia que se ha cubierto de gloria, no necesitaba de adornos á la vista de vd.»

De allí á un instante entró su nuera la mariscala, á quien el conde presentó á M. de Fortis, como su digno y antiguo amigo, y su hija que el recomendó á la bondad de aquella dama, una de las mas distinguidas en la corte por su talento y hermosura. Entablóse la conversacion. Dirigiendo Palmira incessantemente sus miradas á todas partes, se asombraba de no ver á la buena desconocida que se habia presentado en su casa, y á la que habia acogido tan respetuosamente: avisaron finalmente que la comida estaba en la mesa, y se pusieron á comer. Esperando, y tendiendo siempre acá y acullá la vista, Palmira

no pudo menos de decir á la mariscala: «¿Sin duda está ausente su amiga de vd? ¿ó está incomodada? —¿De qué amiga habla vd., señorita?—De aquella señora, que desde la infancia está unida con vd., y me prometió el otro dia que tendria yo el gusto de volverla á hallar aquí.—Está todavía en su habitacion, dijo el conde de Argenteuil sonriéndose, y haciendo una seña de inteligencia á su nuera. Tiene la costumbre de no asearse hasta despues que la mariscala, y no se presenta comunmente sino á los postres...» Palmira no podia descifrar este enigma. La mariscala, á pesar de las señas que le hacia su padre, no podia descifrarle mejor que la doncella; pero se aclaró todo, cuando al dar el café se dejó ver una doncella con una cafetera en la mano, y vestida del mismo modo que se habia presentado en casa de M. de Forlis. Llegó á su colmo la confusion de Palmira, á la que confesó entonces el conde de Argenteuil que él era quien de acuerdo con su antiguo amigo, habia emprendido corregirla de una ridiculez que perjudicaba á las amables prendas que tanto la distinguían. La mariscala, que coligió entonces que su doncella habia tomado sus vestidos y coche para hacer el papel de que la habian encargado, se echó á reir á carcajadas. La linda y desenvuelta graciosa hizo un millar de escusas á Palmira por

haber abusado en tanto grado de su confianza y respetos, representando el papel de una señora de corte con ayuda de algunos diamantes, y un hermosísimo chal de su ama. Dió al conde rendidas gracias M. de Forlis por haber dado á su hija, con el traje y modesto tono de un pobre, la lección de que era merecedora. Por lo que hace á Palmira, corrida de haber sido el ludibrio de las gentes todas, le pesaron las respetuosas atenciones con que habia colmado á la doncella de la mariscal, el almohadon que le habia puesto bajo sus piés, y quedó vivamente picada de haberse dejado pasar la mano tan guapamente por la barbilla... Pero cediendo bien pronto á su buen genio, se puso á reir sucesivamente, abrazó á su padre, y aun al anciano conde de Argenteuil; y quedó convencida para siempre de que solo examinando las prendas del alma y no lo que cubre el cuerpo, podemos formarnos una cabal idea de las personas que se nos presentan; y que no pudiendo ofender nunca un cumplido de mas como uno de menos, no resultaban, todo bien computado, mas que puros beneficios de ser uno afable con todas las gentes.

EL TRIUNFO DE SOFÍA.

Era Sofía la niña mas pobre de nuestra escuela; usaba un vestido de percal, delantal de género muy vasto y zapatos de suela gruesa. Muerto su padre, no le habia quedado á la pobre viuda medios de poder pagar la educacion de su hija; pero Sofía iba por la mañana temprano á la escuela, barria el salon de estudio, sacudia el polvo de las carpetas, y así pagaba á la maestra la instruccion que recibia.

En vez de tener compasion de la pobre huerfanita, casi todas las niñas de la escuela no perdonaban medio alguno de herir su delicadeza y poner á prueba su paciencia; pero muy luego tuvieron que arrepentirse de proceder tan injusto.

Habiendo un dia llegado demasiado tarde á la escuela, se puso á sacudir el polvo de las carpetas, cuando Julia, Catalina y yo entramos en el salon de estudio, y quisimos divertirnos un rato á costa de la pobre niña.

Una de nosotras le rasgó el vestido, otra le tiraba de los cabellos, y la tercera le sacudia el plumero en la cara. Llevábalo todo la niña con paciencia, y solo sentia que siendo ya tarde, llegase la maestra y se enfadase al ver que no habia concluido su trabajo.

Catalina, viendo que la carpeta de la directora no estaba cerrada con llave, quiso abrirla, y revisar los objetos que habia dentro; pero Sofía se interpuso diciendo que de ningun modo permitiria semejante atrevimiento.

¡Ya quisiera yo ver, dijo Catalina, que una pordiosera como tú, me impidiese hacer lo que yo quiero!

Empezamos las tres á dar empellones á la pobre Sofía, y en la refriega, Julia dió con el codo en el tintero que estaba en la carpeta, y lo vació completamente sobre ella.

Soltamos el brazo de Sofía, y quedamos mudas y sin aliento á la vista del daño hecho. Justamente en aquel momento entró la maestra, y viendo que Sofía esponjaba la tinta, atribuyó á torpeza suya aquel desastre y aun la amenazó con echarla de la escuela si en adelante no demostraba mayor cuidado y esmero.

Sofía, con las lágrimas en los ojos, estaba á punto de contarle todo, cuando se detuvo un momento, y dijo: señora, ha sido una casualidad, y en adelante tendré mas cuidado.

Salió entonces en busca de agua y de otra esponja para acabar de limpiar la carpeta.

Esta noble y generosa conducta de Sofía nos hizo una profunda impresion. De comun acuerdo fuimos á ver á la maestra, y le contamos que nosotras habiamos sido las causantes de aquel daño; y cuando Sofía volvió al cuarto, la pedimos perdon por las mortificaciones que la habiamos hecho sufrir.

No despreciemos nunca á los que han sido menos favorecidos que nosotros por la fortuna. Muchos afanes tiene que sufrir el pobre, y es exceso de crueldad aumentar sus padecimientos, ya que no podemos aliviarlos.

EL CANCON.

DRAMA BUFO EN DOS ACTOS Y TREINTA Y CUATRO CUADROS, CON UN PRÓLOGO Y DOS EPÍLOGOS.

(CONTINUACION.)

(De repente se oye un porrazo en el chinesco con que Norma llama á su padre y á los sacerdotes en la ópera del mismo nombre, y aparece el Cancon).



(La visita de este sér fantástico, con que D. Bonifacio hubo de amenazar á Pepe sin creer él mismo en semejante paparrucha, le causa una profunda sorpresa, y se le erizan los cabellos).

BONIFACIO (*muy conmovido*).—¿Qué mandaba vd., caballero?

CANCON.—Yo soy el Cancon. Veo con pesar, que cuando hay que corregir á ese píllo del Pepito, muestra usted una indulgencia que raya en debilidad. ¡Sí, D. Bonifacio! ¡Pepe es un flojo!

(Bonifacio lanza un gemido).

CANCON.—¡Y un gloton!

(Segundo gemido de Bonifacio).

CANCON.—¡Y un embustero!

(Tercer gemido de Bonifacio).



CANCON.—¡Y un pícaro de siete suelas!

BONIFACIO (*dando el cuarto gemido*).—¡Ay, Sr. Cancon! ¡Ay!

CANCON (*muy severo*).—Su debilidad de usted causará la desgracia de ese niño y la de su padre. Afortunadamente aquí estoy yo (*saca del bolsillo un polichinela*). Presento á usted á Pif-paf, que es un polichinela encantado; déselo usted á ese pillastre, y verá lo que es bueno.



(Desaparece el Cancon entre los acordes del triángulo y del clarinete, mientras D. Bonifacio se deshace en saludos. Cae el telon).

FIN DEL PRIMER ACTO.

(Continuará.)

CARTAS A LOLA.

CARTA XII.

Si la instruccion nos eleva y nos acerca á la Divinidad, nos dá tambien los medios de retribuir á nuestros padres en virtudes y en saber, parte de la enorme deuda que tenemos contraida con ellos. Te digo tambien *en virtudes*, porque aunque sin ser instruida se puede ser virtuosa, se puede aun mas fácilmente siéndolo, porque la instruccion nos hace conocer lo bueno, lo verdadero y lo bello, y conociéndolo podemos amarlo mejor que si no lo conociéramos.

Si tienes obligacion de instruirte porque tienes un alma inteligente, tambien debes hacerlo, te repito, por proporcionar á tus padres una débil recompensa de sus afanes. Cuanto mas grande es el pesar de un padre, cuando tiene un hijo desaplicado, tanto mayor es su placer al ver un hijo que adelanta y que muestra deseos de aprender. Procura tú, pues, ser de este número, pero procúralo desde ahora, porque la edad de la niñez en que te encuentras, es la edad á propósito para aprender; mas tarde, ya no se puede, y el tiempo pasado, el tiempo que se ha desperdiciado, ya nunca se vuelve á recobrar.

Además del deber de instruirte que te imponen el amor de Dios y el de tus padres, debe alentarte tu propia conveniencia. Es muy triste el papel que hace en la sociedad una persona ignorante; una persona instruida es, por el contrario, apreciada de todo el mundo, si el excesivo amor propio no hace que se ofusque el brillo de su saber. La ciencia adelanta cada dia mas y mas rápidamente; y aunque ahora te parezca que tienes mucho tiempo para aprender, debes estudiar con asiduidad, porque si tú adelantaras muy aprisa, á tu parecer, mas aprisa camina ella, y toda tu vida no te alcanza para aprender todo lo que hay por aprender.

Antes erá una notabilidad una señorita que sabia medianamente escribir, aritmética, gramática, algo de geografía, y algo de francés. Hoy lo es la señorita que sabe todo eso con perfeccion; y todavia se necesita algo mas que eso para ser *notabilidad*.

La persona instruida nunca está sola, sus libros son buenos amigos, en cuya sociedad se instruye y se deleita á la vez. La instruccion es el complemento de la educacion. Si pues procuras seguir los consejos que te he dado en mis cartas; si amas á Dios, á tus padres, á tus hermanos, á tus amigos; si la caridad y la prudencia gobiernan todas tus acciones; si la instruccion y la modestia las adornan, no dudo que encontrarás los medios de hacer felices á las personas que te rodean, y de gozar tú misma toda la felicidad que en la tierra y en nuestra humana naturaleza cabe.

Estudia con afan cuanto te enseñen, sin aficionarte á una ciencia solamente, porque todas ellas son dignas de aprecio, y porque jamás habrás aprendido demasiado. Si tu instruccion debe estar acompañada de la modestia, debes tambien ser generosa en esparcirla. Cuando te pregunten, responde lo mejor que sepas, pues de nada serviría que callaras egoistamente tu ciencia; si todos los sábios hubieran hecho lo mismo, muy atrasada estaria la ciencia.

Concluyo con esta mi pequeña serie de cartas, no porque me parezca que los consejos que te he dado sean bastantes para educar completamente á una jóven, sino porque para una niña, como aun eres tú, creo que es bastante.

Antes de concluir, quiero repetirte lo que he procurado hacerte ver en mis anteriores: que, la mision que Dios nos ha dado, es de amor y de paz; que si tienes presente esto, podrás cumplir con tus deberes de hija, de hermana, de amiga; podrás ser algun dia una jóven amable por tus virtudes y tu instruccion.

Adios, querida niña; me contemplaré feliz si he sabido inspirarte alguna idea de tus deberes y algun amor á la virtud y al saber, y si algun dia que recojas sus dulces frutos me dedicas un recuerdo de gratitud.

MAGDALENA.

EL ALMA DE SALOMON.

(FABULA.)

Un laborioso anciano
De sol á sol sin descansar labraba
La fértil heredad que poseía.
Él por su mano araba,
Él por sí mismo el grano,
Que el sustento comun del hombre encierra,
Solícito vertia
En el fecundo seno de la tierra.

A la sombra una vez que en torno arroja
Una altanera encina,
Copuda en ramas y poblada en hoja,
Preséntase al anciano de repente
Una vision divina.

Él se sorprende y pasma;
Y en acento mas dulce que severo
Le dice la fantasma:

«No la presencia mia te amedrente:
Soy Salomon: declárame sincero,
¿Por qué, ya que tu edad va declinando,
Tan ávido te afanas trabajando?»

—Si eres el sábio rey gloria de Oriente,
(El labrador contesta)

Bien puedes figurarte mi respuesta.

Yo estudié con desvelo tus lecciones:

En ellas al mancebo le propones

Que á recoger aprenda de la hormiga,

Sin perdonar momento ni fatiga.

Yo su ejemplo he seguido,

Y lo que dócil aprendí mancebo,

Viejo tambien á ejecucion lo llevo.

—A medias solamente has aprendido

(Dijo la sombra) mi consejo sano.

Vuelve de nuevo y á la hormiga observa,

Y en su sagaz gobierno

Verás que si trabaja en el verano,

Prudente se reserva

Sus acopios gozar en el invierno.

Tú, que al invierno triste

Llegaste de la vida,

Reposa ya y descuida,

Y disfruta por fin lo que adquiriste.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO VI.

De la paz doméstica.

(Concluye.)

VI

La paz doméstica es el perfume delicioso que dá animacion y contento al círculo de la familia. Ella estrecha los lazos con que la naturaleza nos ha unido á nuestros parientes, fomenta aquel afecto, siempre sincero, que excluye todas las desconfianzas y nos entrega al mas grato comercio de la vida, mitiga nuestras penas, nos brinda consuelos en medio de la adversidad, nos imprime hábitos de dulzura y benevolencia, y es á su suave y apacible sombra que podemos consagrarnos con nuestra familia al ejercicio de todas las virtudes, y al ensayo de las prácticas que nos disponen á manejarnos dignamente en todas las situaciones sociales.

VII

Por el contrario, cuando la paz abandona nuestro hogar; cuando la odiosa discordia ha penetrado en el sagrado recinto de la familia, nuestra vida está cruelmente agitada por todos los dolores; pues si en el trato con la generalidad de los hombres y en medio del torbellino de los negocios, encontramos á cada paso contradicciones y sinsabores, en el asilo doméstico nos aguardan aún mayores sufrimientos. Endurécese entonces nuestro carácter, nuestros modales se hacen toscos é inciviles, y por muchos que sean los dones con que la naturaleza nos haya favo-

recido, nuestra conducta social llevará siempre impreso el sello del mal humor, y apareceremos frecuentemente extraviados de las reglas de la urbanidad.

VIII

No reservemos, pues, á la paz doméstica otros sacrificios que aquellos que se opongan á la moral, al decoro ó á la dignidad personal. Ya vemos que sin ella no hay felicidad posible, ni consuelos en la desgracia, ni hábitos de buena educacion; así es que en conservarla están interesados todos nuestros goces, el porvenir de nuestra familia, y la buena reputacion á que debemos aspirar en la sociedad en que vivimos.

IX

El conocimiento y la práctica de los deberes morales, serán de un grande auxilio para la conservacion de la paz en las familias. El respeto de los hijos á sus padres, de los sobrinos á sus tíos, de los hermanos menores á los mayores, y en general, de todos los inferiores á sus superiores, suavizará siempre el trato de unos con otros, é impedirá que en las pequeñas discusiones que se suscitan en la vida doméstica, se mezcle nunca aquel grado de calor, aquella acrimonia que las hace tomar el carácter disociador y tempestuoso de los groseros altercados. La benevolencia y el cariño que los superiores deben á los inferiores, no les permitirán abusar de su posicion y emplear palabras ofensivas, que armen la ira de estos y los conduzcan á usar de términos irrespetuosos. Y la tolerancia, en fin, que todos se deben entre sí, hará espirar prontamente en el seno de la paz todos aquellos arranques que haga nacer el choque de contrarias opiniones.

X

Formemos en nosotros el hábito de ceder de nuestro derecho, siempre que nos veamos contrariados en materias de poca entidad, y aun en todas aquellas en que el sostener nuestra opinion no haya de traernos una ventaja de importancia, sino que por el contrario, pueda llegar á irritar los ánimos de los demás y el nuestro propio.

XI

Pero al cortar una cuestion, procedamos con afable naturalidad, de modo que no aparezcamos como despreciando las opiniones de los demás, ó como reconociendo en ellos un carácter terco y violento, pues de esta suerte renunciaríamos á obtener ninguna ventaja en la discusion, sin lograr por esto el bien de la conservacion de la paz.

XII

Piense, por último, la mujer, que á ella le está encomendado muy especialmente el precioso tesoro de la paz doméstica. Los cuidados y afanes del hombre fuera de la casa, le harán venir á ella muchas veces lleno de inquietud y de disgusto, y consiguientemente predispuerto á incurrir en faltas y extravíos, que la prudencia de la mujer debe prevenir ó mirar con indulgente dulzura. El mal humor que el hombre trae al seno de su familia es rara vez una nube tan densa que no se disipe al débil soplo de la ternura de una mujer prudente y afectuosa.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

La instruccion pública y la privada debieran hallarse conexas, tanto como fuese posible, con objeto de unir sus ventajas y prevenir sus desventajas.

Donde esto es impracticable, la luz de una buena escuela debe preferirse á la oscura prision de una educacion en el hogar; porque el carácter moral está ahí en menor peligro que con malos tutores domésticos, y en una impura ó estrecha vida de familia. El mejor maestro experimenta una idea mas alta de su vocacion, con mayor número de estudiantes, y un estudiante estimula á otro; ventajas

que sobrepujan la esclusiva dedicacion de un maestro á unos cuantos discípulos.—QUINTILLIANO.

Cada uno debe ser educado lo mejor posible, de acuerdo con su carácter.

Esto es, no de acuerdo con sus faltas, sino con las nobles cualidades de él.

Por ningun motivo debemos luchar con la naturaleza.

Cada uno debe desarrollar sus rasgos peculiares (que no sean viciosos), y no afanarse por los que le son estraños.

Sus rasgos característicos están adaptados perfectamente á cada hombre; pero él debe ser un estricto juez de sus rasgos y de sus deslices.

Debe procurarse especialmente, no tanto adquirir cualidades que no ha dado la naturaleza, sino mas bien, desembarazarse de las faltas á que cada uno de nosotros está sujeto.—CICERON.

Aunque el hombre es por naturaleza un sér doméstico, solo por la educacion llega á ser el mejor de todos los séres creados sobre la tierra, y el mas próximo á Dios.

Mas si crece sin educarse, ó con una mezquina educacion, se hace la mas salvaje de las criaturas que la tierra produce.—PLATON.

El hombre es un sér escelente, si es verdaderamente hombre.—ESQUILO.

La razon y el entendimiento, son en el hombre el objeto de la naturaleza.—ARISTÓTELES.

Establecer la razon como el poder universal que gobierne, es el objeto de la verdadera educacion.

Porque la vida humana real consiste en esto: gobernar todas las acciones de acuerdo con un conocimiento racional; así nuestra naturaleza entrará en un curso de vida acorde con la razon que se nos ha dado como guía de la virtud.

El mas alto bien y la felicidad consisten en la virtud; el mayor mal en la falta de ella.—LOS ESTÓICOS.

LA NOCHE OSCURA.

(FABULA.)

En noche cubierta
De negro capuz
Al cielo miraba
El niño Fortun.
Al verle su madre
En tal actitud,
«¿Por qué miras, dijo,
La bóveda azul?»
—«Mamá, contestóla:
A oscuras cual tú,
Pedia á los cielos
Un rayo de luz.»
—«Ay! que ellos te guien
Y el niño Jesus!
Esclama la madre,
Las manos en cruz:

*No olvides que es niebla
La herencia comun,
Y que es solo el cielo
Quien dá al hombre luz.»*

CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

XIX

ROSALÍA, Ó LA PEQUEÑA PEREGRINA.

La señora Santigueños habia experimentado las mas grandes pesadumbres; por lo que se retiró á una quinta, donde cayó enferma. Esta señora tenia una niña, llamada Rosalía, muy juiciosa, respecto de su edad.

Rosalía, viendo padecer á su madre, ponía el mas grande cuidado en no hablar alto, en no correr por el cuarto, en cerrar y abrir las puertas con toda precaucion, caminando de puntillas; de suerte que ningun ruido se oía enteramente, porque temia que la enviasen á algun otro cuarto; lo que la hubiera afligido mucho, por hallarse así separada de su mamá, á quien amaba de todo corazon.

Rosalía no se contentaba con ser dócil; tambien procuraba ser útil: con los ojos dirigidos continuamente al reloj, advertia el momento en que su mamá debia tomar tal ó cual cosa, segun las órdenes del médico: la pequeñita era tan exacta sobre este asunto, que mereció muchas veces los elogios del médico, porque esta misma exactitud no contribuyó poco al restablecimiento de la enferma.

Cuando la señora Santigueños iba mejor, Rosalía tomaba un libro, y le leia alto para distraerla. Si la niña la veia cerrar sus ojos, luego callaba, y permanecia inmóvil en su asiento, temiendo el despertarla. Por medio de estas atenciones, muy superiores á su edad, Rosalía probaba á su madre que la estimaba mas que otra cosa del mundo.

Rosalía habia visto en algunos libros que muchos iban peregrinando para obtener favores por la intercesion de los santos. Ella creyó que podia, sin ir muy lejos, hacer una novena para rogar á Dios por la salud de su mamá. Vefase al cabo del parque una capillita con un pequeño altar sobre el cual estaba la imágen de la Santísima Virgen. Rosalía tenia mucha devocion á la Madre de Dios, por lo que resolvió ir á hacer oracion en este lugar por el restablecimiento de su querida mamá.

A fin de conformarse con lo que ella habia leído, Rosalía recogió algunas conchitas, hizo de ellas un collar, le prendió al pañuelo del cuello, y tomó un baston con una calabaza.

Equipada de este modo, la amable niña se dirigió á la capilla, donde se prosternó delante de la Santísima Virgen, y le pidió con fervor el restablecimiento de la salud de su madre.

Nada mas tierno que el ver á esta niña de rodillas, las manos juntas, los ojos elevados al cielo, implorando su socorro por su madre enferma.

La piadosa Rosalía pasaba de este modo en oracion todo el tiempo que se le daba para jugar, siendo tan viva su devocion, que esperaba el momento con alguna impaciencia.

Con todo, se observó que al mismo tiempo que esa niña bajaba para pasearse, se alejaba, y no comparecia hasta despues de un largo tiempo: entonces la siguieron, y entendieron su fervorosa plegaria, guardándose bien de interrumpirla.

Juzgue cada uno del placer que causaria á su madre esta narracion. «¿Oh mi Rosalía, gritó en medio de su enajenamiento, tú eres la dicha de mi vida!»

La señora Santigueños recobró la salud. Sin duda el cielo oyó las súplicas de la interesante Rosalía. ¿Puede acaso escuchar con indiferencia á un niño que ruega por su madre?

Atribuyóse tambien el restablecimiento de esa señora á la satisfaccion que le causaba su hija. ¡Qué gloria para un niño! ¡cuán pocos hay que puedan decir: yo he vuelto la vida á mi madre con mi solitud y buena conducta!

La señora Santigueños olvidó sus desgracias, y todavia fué Rosalía á quien debió agradecerlo, porque en ella, no solamente encontró una tierna hija y una sincera amiga, sino tambien una amable compañera. Su soledad se le volvió mas estimable; pues allí habia conocido las raras cualidades de su encantadora hija, y allí Rosalía le habia dado pruebas de un amor filial, el mas puro que jamás se vió.

La señora Santigueños apareció de nuevo en el mundo; pero se hizo una obligacion de pasar todos los años seis meses en su quinta con su querida hija.

Las dos iban á la capilla, recordándose con placer esta interesante época de su vida.

La señora Santigueños conservó el vestido de peregrina de su hija, como un monumento de su ternura para con ella. Mandó que se retratase á Rosalía en la posicion que guardaba cuando estaba de rodillas delante de la Santísima Virgen, á fin de

que en lo venidero este cuadro recordase á los hijos de esta jóven sus deberes y las virtudes de su madre.

El lobo, el cordero y los dos pozales.

(FABULA.)

*Mil veces el malvado,
A la prudencia sordo,
Fraguando el mal ajeno,
Suele labrar el propio.—*

Paciendo un corderillo
Estaba junto á un pozo,
Su garrucha y pozales
No sin mirar ansioso.

Era que sed tenia,
Y esperaba que pronto,
Agua sacando alguno,
De ella le diese un poco.

Volvió en esto la vista,
Y con pavor y asombro,
Hallóse á cuatro pasos
De un sanguinario lobo.

Al contemplar su apuro,
Prefiere ahogarse y todo
A verse entre las garras
De su enemigo odioso.

Dá, pues, un fuerte salto
Del agua á lo mas hondo;
Mas de los dos pozales
En uno halla socorro.

Cae sobre él en efecto,
Y en el instante, á plomo,
En un pozal bajando,
Hace subir el otro.

El lobo, que esto mira,
Esclama: «tonto, tonto!
Otro pozal me queda!
No has de bajar tú solo.»—

Dice, y pega otro salto
Con ímpetu furioso,
Y en el pozal vacante
Desciende fiero y torvo.

En tanto el otro sube
Como si fuera un corcho,
Y una vez salvo arriba,
Deja el cordero el pozo.

—«¡Ay de mí!» dice entonces,
Agua hasta el cuello, el lobo:
«Merendármelo quise,
Y le salvé yo propio.»

—«Así en efecto ha sido,
Contesta arriba el otro;
Que á veces el malvado
No puede serlo en todo.

*Juicios de Dios son estos:
Gracias, agur, buen mozo!
Y aprenda en su desastre
Quien hace mal al prójimo.»*

EL PLANTADOR.

(FABULA.)

Yo esa higuera planté y aquel manzano,
Y ambos me rinden hoy copioso fruto.
Hijos, igual tributo
Debeis pagar á vuestro padre anciano.

MÁXIMAS DE MORAL.

Adonde fueres haz como vieres: en Roma como en Roma; y en otra cualquier parte como allí; es decir, el sábio se acomoda á vivir segun los usos y costumbres de cada país ó pueblo, sin vituperarlos, ni atraerse sobre sí los ojos del pueblo por la singularidad de su porte.